



Los crucificados

Este mes se celebra la llamada *Semana Santa*, cuando los creyentes rememoran la crucifixión y resurrección de Cristo. Son unos días de reflexión sobre el dolor y el triunfo del Maestro de Nazaret. En esta ocasión, pensando en la pasión de Jesús me vino al corazón el recuerdo de *los otros crucificados*. Quiero decir, que Jesús fue víctima de una violencia y una injusticia que le llevó a una terrible agonía y a la muerte. Pero es que en la actualidad hay millones de personas que viven en agonía diaria, anunciando su próxima muerte a causa de muchas injusticias.

Pienso en las víctimas del Hambre, fruto de la codicia de los poderosos que detentan la riqueza en unas pocas manos, dejando vacía las de las multitudes. Pienso en el tráfico de personas como si fueran mercancías. Esas niñas destinadas a la prostitución, esclavas de aquellos que se creen dueños de sus cuerpos. La violencia gratuita y desmesurada que aniquila pueblos enteros. Las catástrofes naturales que condenan a la miseria a personas que ahora dependen de que otros se acuerden de ellos. Las epidemias, que dependiendo del país en que uno nace, tendrán o no acceso a la medicación. La lista es demasiado larga y dolorosa de narrar. En el rostro del Nazareno crucificado se reflejaba una humanidad víctima y agonizante.

Y hasta me siento mal al escribir sobre esto desde mi habitación, confortablemente sentado, y todo porque tuve la circunstancia de que nací en Europa, en vez de África...

También en este número:

Semana Santa a la vieja usanza	2
Maduramos cuando servimos	3
Carta de Cornelis el zapatero	5
Noticias de nuestras iglesias	7
Diccionario: Elección	8



No puedo dejar de pensar en esos otros crucificados que sucumben a esa cultura de muerte. Sí, hermanos, son los crucificados de nuestro mundo. Son los *nuestros* que sufren, que sólo quieren vivir, ilusionarse, soñar, amar, darle un futuro a sus hijos, igual que lo queremos nosotros. Esa cultura de muerte también habita en el occidente opulento, en nuestras calles. Se dice que es a causa de una crisis económica. Pero en realidad es a causa de *una crisis de valores*. Dios es crucificado en ellos, porque son portadores de su imagen.

Pero la llamada *Semana Santa* es también anuncio de *Resurrección*. Este es el gran testimonio de Dios, su gran NO a esa cultura. Es la afirmación de la Vida, de la Esperanza, y del triunfo del Amor. Porque cuando Dios resucitó a Jesús nos declaró su voluntad para con todos. *Una Voluntad de Vida*. ¿No se necesita hoy ese anuncio? Frente a tantos crucificados, deberíamos luchar por un mundo que crea en la Vida. Que afirme la dignidad humana, la igualdad de los seres humanos, la defensa del débil, el

derecho a la educación, a la sanidad y a la alimentación. Un anuncio que refleje al Dios de Jesús, el dador de Vida.

Podemos empezar por los que sufren y están cerca de nosotros. Quizás comprometernos con asociaciones que tratan de paliar tanta injusticia. Hoy el bien que podemos hacer puede llegar muy lejos.

Ser agentes de Resurrección donde se manifiesta la agonía y la muerte, es seguir las huellas de Cristo, quien no cesó de hacer bien a todo aquel con el que se encontraba.

Esta Semana Santa puede ser un tiempo de descanso o de piedad; pero también puede traer unos momentos de reflexión sobre los crucificados, hasta tomar el compromiso de ser agentes de resurrección. Cuando digamos el domingo de Resurrección: «¡Cristo ha resucitado!», podemos añadir:

¡Que la vida triunfe sobre la muerte!

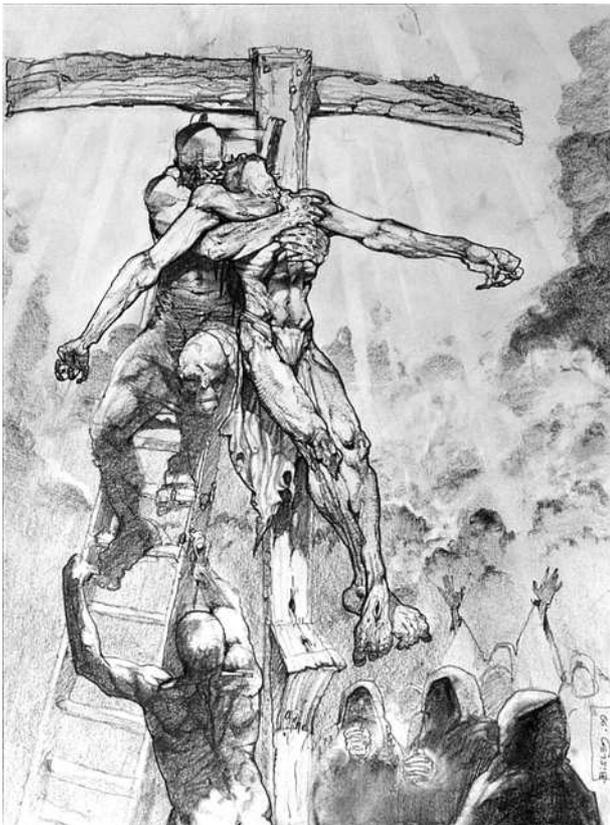
—Julián Mellado

Semana Santa a la vieja usanza

Cuando mi niñez y adolescencia en una iglesia menonita de Argentina a mediados del siglo pasado, recuerdo que existía cierta tradición de realizar campañas de evangelización en Semana Santa. Eran unos días cuando todo el mundo ya se encontraba medio predisposto a replantearse la figura de Jesús, enternecidos y tocados en el ánimo por aquella cautivante figura de dolor desplegada en crucifijos y procesiones...

No recuerdo si en esas campañas anuales de evangelización en estas fechas se convertía alguien o no al cristianismo evangélico. El caso es que nadie —ni católicos ni evangélicos— nos planteábamos la Semana Santa como ocasión para ocio y turismo. Era todo lo contrario, ocasión para el recogimiento, la meditación sobre el sentido último de la vida, replantearse cómo responder ante tamaño amor divino. Eran días cuando hasta el más descreído hallaba en su interior algún rescoldo de viejas lumbres espirituales.

Pero eran, sobre todo, días para asistir a la iglesia.



Supongo que las iglesias católicas se llenaban en esos días. Yo no lo sabría, porque como todo buen evangélico de aquella época, no se me habría ocurrido asomarme para comprobarlo. Sí sé que los locales evangélicos se nos llenaban hasta que no cabía nadie más en los bancos y había gente que se quedaba de pie junto a las paredes. El jueves, el viernes, el sábado, el predicador de turno nos exhortaba a volver una vez más a lo más sencillo y esencial del evangelio: ¡Aquel Hombre que entregó su vida para que nosotros vivamos! Y luego el domingo, por la mañana y por la tarde —nadie se perdía asistir a ambas reuniones— celebrábamos el triunfo final de la vida sobre la muerte.

¡Qué himnos tiernos y tristes y arrepentidos —empalagosos de amor divino y amor a Dios— entonábamos el jueves, el viernes y el sábado! ¡Qué himnos alegres, festivos, de victoria, asombro y celebración, cantábamos el domingo de Resurrección —y en ninguna otra fecha del año!

Es mentira eso de que los tiempos pasados fueron mejores que el presente. La memoria nos engaña y la nostalgia nos invade y nada fue nunca tan perfecto como quisiéramos que haya sido. Con todo, este año, en la vorágine de aprovechar el largo «puente» de Semana Santa a tope para actividades de ocio y diversión, no estaría de más recordar que esos días también podríamos aprovecharlos —por qué no— para orar con agradecimiento, sentir otra vez la dureza del precio que se cobraron nuestros pecados, y celebrar con regocijo la Resurrección.

Pilato —el gobernador nombrado personalmente por el Emperador para mantener el orden mientras se cobraba sus pingües impuestos de

Judea— consiguió de un mismo golpe deshacerse de un presunto pretendiente a rey de los judíos, y que la nobleza sacerdotal de Jerusalén le declarase fervientemente su lealtad al Imperio: «¡Si no lo matas, es que no eres amigo del César!» Pero ni Pilato ni la nobleza sacerdotal de Jerusalén fueron los protagonistas, aunque estaban convencidos de su propio poder. El protagonista fue un pobre rabino de provincias, que escogía dejarse matar como había predicado que hay que vivir: amando al enemigo, perdonando las ofensas, negándose a devolver mal por mal, confiando hasta la mismísima muerte en aquel Dios y Padre cuyo amor fulgurante él se propuso imitar.

Y después, el misterio. Sus seguidores cuando todavía vivía, estaban convencidos ahora de que volvía a estar vivo. Unas pocas mujeres, luego también poco a poco algunos varones. A veces grupos más o menos numerosos. Daban testimonio de que le habían visto otra vez, habían hablado con él, él había hablado con ellos, había comido, se había dejado tocar. Y hasta el día de hoy, nada en las vidas de nosotros sus seguidores tiene sentido fuera de la única explicación que —por inverosímil que parezca— explica todo lo demás: ¡Jesús vive!

Y por cuanto él vive en nosotros, nosotros también podemos andar como él anduvo.

—D.B.

La madurez cristiana (12)

Maduramos cuando servimos a nuestro prójimo

por José Luis Suárez

Una característica importante de la madurez de una persona es su capacidad de entrega y servicio a los demás. Ayudar a los demás hace parte de todas las creencias religiosas y seculares. Es parte del patrimonio de la humanidad. Ayudar al prójimo cuando éste lo necesita es parte del precio que tenemos que pagar por vivir en este mundo. Este precio no debería ser nunca una carga, sino un privilegio que se nos otorga a todos los seres humanos.

La mayoría de las veces, el servicio al prójimo pasa desapercibido. Es poco espectacular. Raramente sale en los medios de comunicación porque no se vende, ya que se manifiesta en pequeñas acciones cotidianas que nos parecen evidentes. Pero en muchas ocasiones son de gran ayuda para quien lo necesita.

En el mundo en que nos ha tocado vivir se buscan —en la mayoría de los ámbitos de la vida, incluso en la espiritualidad— experiencias intensas, porque consideramos que es en estas experiencias que se encuentra el secreto de la plenitud de la vida. Pero muy pocas son las personas que se paran a valorar los muchos y pequeños detalles de servicio que se nos presentan en la vida de todos los días.

Es una realidad que nuestros actos cotidianos —muy a menudo los más pequeños— hablan por nosotros. Con los actos comunicamos, a los demás y a nosotros mismos, lo que creemos realmente.

1. Jesús modelo de servicio

Aunque hasta ahora no se haya dicho de forma explícita, es evidente

La mayoría de las veces, el servicio al prójimo pasa desapercibido. Es poco espectacular.



Es conocida mundialmente la costumbre de los menonitas Amish, de construir entre todos el granero para la granja de un miembro de su comunidad. También colaboran activamente como voluntarios en la reconstrucción después de catástrofes naturales en todo el mundo.

que para la persona creyente que quiere madurar, Jesús debe ser el espejo donde uno se mira. Por eso, a la hora de pensar en el servicio o la ayuda que una persona ofrece a otros, la referencia para esta ayuda deben ser la vida y la enseñanza de Jesús.

Todo lo que el texto bíblico nos dice acerca del servicio de Jesús, debe iluminar lo que debe ser nuestro servicio al prójimo, aunque no lleguemos de forma plena a servir como lo hizo Jesús. Él debe ser el modelo a seguir.

1.1. Un servicio ejemplar.

Jesús no sólo habló del servicio, sino que él mismo, a lo largo de toda su vida, sirvió a los demás en las necesidades que planteaban. El Padre le encomendó la misión más importante que jamás un hombre pudo haber tenido, y esta misión no era otra que el anuncio del evangelio. Para realizar esta misión tomó la forma de siervo.

El servicio en la vida de Jesús no se limitaba a un horario, ni lugar específico designados a tal efecto, sino que lo encontramos sirviendo en

situaciones inoportunas e imprevistas. Muchos quisieron pagarle el servicio que él ofrecía; como cuando realizaba milagros, que trataron de hacerle rey. Jesús sirvió. Y su única demanda hacia aquellos que sirvió fue que si querían seguirle, debían servir como él.

Este servicio ejemplar ilumina lo que debe ser el servicio hacia los demás, de una persona que madura. Debe contemplar en su agenda diaria, semanal o mensual, espacios reservados para servir a otros. Debe pensar y actuar de forma organizada hacia aquellos que sabe que necesitan esa llamada telefónica, esa visita o esa carta, porque sabe que lo están pasando mal. Hay muchas personas que están solas, enfermas o que simplemente necesitan un tiempo de comunión. Cuando no se organiza el servicio en la vida de una persona sino que se deja para cuando aparezca la oportunidad, es muy posible que el servicio al otro no llegue nunca. Organizar la vida de servicio a los demás, es parte de la vida de una persona que está en el camino de la maduración.

En el encuentro de Jesús con la mujer samaritana, pedir «Dame de beber» es mucho más que manifestar una necesidad. Es reconocer en el otro la misma dignidad que en uno mismo.

1.2. Un servicio integral

Con frecuencia, los cristianos nos sentimos paralizados frente al dilema de si servir a las necesidades humanas o las espirituales. Tal separación es ajena a la enseñanza y a la vida de Jesús. Cuando los discípulos proponen a Jesús despedir a la multitud hambrienta después de escuchar su enseñanza, él desecha esta opción y satisface sus necesidades inmediatas, multiplicando los panes y los peces por el poder de Dios. Él entiende las necesidades humanas y hace lo necesario para satisfacerlas.

En varias ocasiones vemos a Jesús atendiendo a los enfermos, movido por la compasión. Él no sólo enseña sino que va de lugar en lugar sanando toda enfermedad. Su preocupación por el dolor y el sufrimiento humano le lleva a acercarse a la gente para ofrecerles palabras llenas de esperanza. Jesús también provee salud en el área social, cuando ayuda a aquellos cuyas relaciones sociales se han roto. Al sanar a un leproso, no sólo le libera de la enfermedad, sino que se atreve a hacer lo prohibido: Le toca, manifestando así su aceptación total y su cercanía.

A aquellos cuya sed no puede ser satisfecha con agua, Jesús les ofrece el agua viva del Espíritu de Dios, sabiendo que las necesidades del ser humano no se agotan sólo en los aspectos materiales. Jesús no hacía diferencia en cuanto a las necesidades de la gente, sino que actuaba ante ellas, fueran del tipo que fueran. El servicio para Jesús era una señal del Reino de Dios, las primicias de un nuevo mundo.

2. Visión Bíblica del servicio: siguiendo los pasos del Maestro

«Servicio» es una palabra con la que todos estamos familiarizados. Pero nuestro uso de la misma deja mucho que desear, pues la utilizamos

para todo. Algunos ejemplos: En la ruda competencia de los negocios — cuando intentamos convencer al cliente de que el único propósito es servirle. Muy a menudo la encontramos en los labios de nuestros líderes políticos — cuando justifican sus actuaciones argumentando que su objetivo es servir al pueblo. Cuando los grandes señores de la guerra invadieron Irak, lo interpretaron como un servicio a la humanidad — matando miles de personas. También ocurre que médicos y enfermeras hablen del servicio a los enfermos, cuando tantas veces dejan mucho que desear. Y si somos educados, cuando se nos presenta a un extraño le damos nuestro nombre y luego añadimos «para servirle».

Todas estas expresiones pretenden comunicar que es bueno estar al servicio de los demás. Pero, ¿de dónde viene esta idea tan importante en nuestros valores sociales y personales?, ¿Estamos diciendo lo mismo que Jesús, el Señor y Maestro, intentó transmitir a sus seguidores?

En el mundo en que nació Jesús, el servicio era menospreciado. Para la cultura dominante de la época, el servicio nunca fue un camino deseable y mucho menos agradable. El servicio era una tarea que correspondía a los esclavos. Mandar y no servir, era lo propio del hombre — como lo es hoy — pues éste no podía ser feliz si debía servir a otros. Éste era el pensamiento clave de la cultura griega. Sin embargo, Jesús, el hijo de Dios y Señor de la historia, describió su misión en la tierra como un servicio: «Porque el Hijo del Hombre no vino para que le sirvan, sino para servir y para dar su vida en rescate de muchos» (Marcos 10,45). Con esta declaración, Jesús está diciendo a sus discípulos: Yo no soy el salvador que vosotros esperáis. No soy un rey que basa su reinado en el mando sobre otros, sino en la entrega de mí mismo por los demás. Esta manera de ser rey

no cuadra con los modelos de este mundo, como tampoco con el modelo de los discípulos.

Este servicio consistía para Jesús en amar y servir al prójimo, en estar atento a las necesidades humanas y dedicarles tiempo, comprensión, perdón, apoyo, curación y — sobre todo — esperanza. En la vida de Jesús, el servicio hacia los más necesitados les devolvía dignidad y la posibilidad de encontrar sentido a la vida.

El apóstol Pablo, en su gran himno sobre la humillación y exaltación de Jesús en Filipenses 2, nos comenta cómo dejó a un lado lo que era suyo y tomó la naturaleza de siervo. Ese fue el camino elegido por Dios para acercarnos a él. Nuestro servicio debe producir vida y esperanza.

La referencia para el servicio no es otra que ésta: Como Dios nos sirve en la persona de Jesús, así debemos servirnos unos a otros. Todo servicio empieza por dar dignidad a la persona que servimos. En el encuentro de Jesús con la mujer samaritana, pedir «Dame de beber» es mucho más que manifestar una necesidad. Es reconocer en el otro la misma dignidad que en uno mismo.

De todo lo dicho se desprende que Jesús nos invita como discípulos suyos a seguir sus pasos. Él dijo: «Os he dado un ejemplo para que vosotros hagáis lo mismo que yo he hecho» (Juan 13,15-17). Así, debemos servirnos unos a otros, sin diferenciar la clase de servicio que hacemos. Debemos considerar que todo servicio en el



nombre de Jesús, puede traer liberación, esperanza, deseos de vivir, de comprometerse con los demás, de buscar a Dios. No somos quienes para valorar los efectos del servicio; pero sí para llevarlo a cabo.

En Jesús encontramos el modelo de servicio para todo creyente y la norma es que «El que quiera entre vosotros ser el primero, será vuestro servidor» (Mateo 20,26).

Una persona que sirve no es un accidente. Está reflejando la naturaleza del Maestro que vino a servir y dar su vida en rescate de muchos. Está siendo luz en el mundo.

Para poder ir más lejos

La joya valiosa

Un monje andariego se encontró en uno de sus viajes una piedra preciosa, y la guardó en su talego. Un día se encontró con un viajero y al abrir su talego para compartir con él sus provisiones, el viajero vio la joya y se la pidió. El monje se la dio sin más. El viajero le dio las gracias y se marchó lleno de alegría con aquel regalo inesperado de la piedra preciosa que bastaría para darle riqueza y seguridad todo el resto de sus días.

Sin embargo, pocos días después volvió en busca del monje y cuando le encontró, le devolvió la joya y le suplicó: «Ahora te ruego que me des algo de mucho más valor que esta joya. Dame por favor, lo que te permitió darme la joya a mí». *En el momento de morir sólo te llevas aquello que has dado* (Luciana Prennushi).

Dormía y soñé que la vida es alegría. Desperté y vi que la vida era servir. Serví y vi que la vida era alegría (R. Tagore).

Carta de Cornelis el zapatero

A SU ESPOSA, DESDE LA CÁRCEL

Ardió en la hoguera junto con otros tres hermanos, sellando esta carta con su sangre en la gran plaza del mercado de Amberes, el 13 de septiembre, 1567

La gracia y misericordia de Dios el Padre, el amor del Hijo y la comunión y paz del Espíritu Santo que nos envía el Padre, mediante el nombre de nuestro Señor Jesucristo, para consolación. [...] Él nos guía, enseña y sana. Él mismo guarde ahora tu corazón, tu entendimiento y tu mente en Cristo Jesús, para alabanza y gloria de su Padre celestial y para salvación de tu alma entristecida. [...] Esto te deseo, mi amadísima y muy querida esposa, a manera de saludo desde el corazón.

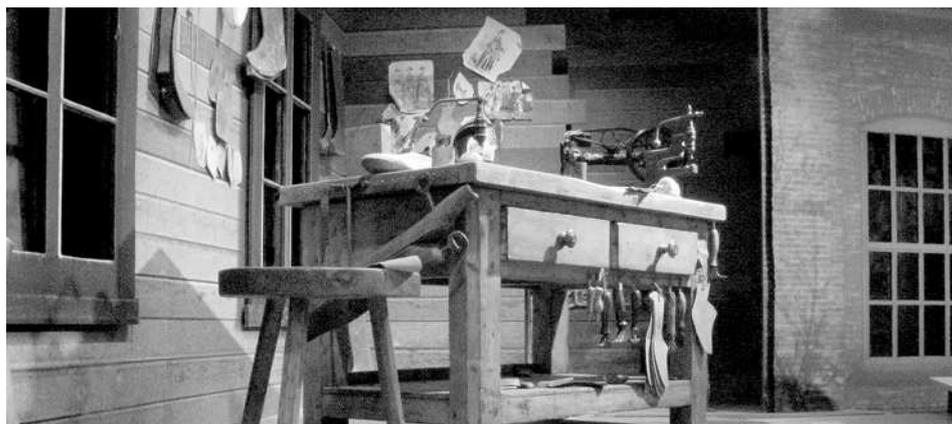
Mi queridísima esposa, con quien me casé ante Dios y su iglesia, a quien acepté como esposa conforme a la ordenanza del Señor, te deseo consolación, gozo y dicha en éste tu gran dolor que ahora te ha sobrevenido con mis cadenas y prisión. Ay, mi querida esposa, ruego encarecidamente al Señor por ti, que él te consuele ya que sé muy bien, mi corderita, que estás muy triste por causa mía. [...]

Ay, mi amadísima cordera, me faltan palabras para alabar y agradecer al Señor por tanta fortaleza y poder como me concede en todos mis padecimientos. ¡Es un Dios tan fiel! Me da tanto valor que puedo decir juntamente con Pablo: «¿Quién nos separará del amor de Dios? ¿Tribulación o angustia o persecución o hambre o desnudez o peligro o espada? Antes bien, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de Aquel

que nos amó. Porque estoy persuadido de que ni la muerte ni la vida, ni ángeles, ni principados ni potestades, ni lo presente ni lo por venir, podrá apartarnos del amor de Dios en Cristo Jesús nuestro Señor».

[...] Por consiguiente, mi amadísima y muy querida esposa, no dejes de servir al Señor tu Dios con todo tu corazón y andar en sus huellas. Porque sabemos que si nuestra morada terrenal o tabernáculo se disuelve, permanece un edificio de Dios, una morada no hecha por manos, que es eterna en los cielos, y que seremos revestidos con ella. [...] Porque mientras permanecemos en el presente tabernáculo gemimos, sintiendo que la carga es pesada. No porque deseemos ser desvestidos, sino revestidos, para que la mortalidad sea tragada por la vida. Y ahora, Aquel que nos ha hecho para esto mismo es Dios, quien también nos ha dado las arras del Espíritu.

Ay mi querida esposa, puesto que hemos de desvestirnos de la carne para heredar semejante morada, andemos sin temor en fe ante Dios y su iglesia. Propongámonos no apartarnos del Señor por causa de ninguna aflicción ni tribulación, ni separarnos de su amor que él ha derramado sobre nuestros corazones por el Espíritu Santo. Entonces él te socorrerá y consolará en tus peticiones, cuando te



Antiguo taller de zapatero.

veas privada de todo socorro y consuelo humano. [...]

Así, mi amada oveja, mantente firme, edificada sobre él como has sido instruida. Y deja que el amor crezca y aumente en toda justicia y santidad, lo cual es válido y aceptable ante Dios. [...]

Por consiguiente, mi amadísima y muy querida esposa, procura siempre las cosas que son de lo alto y haz que tu mente se fije constantemente en las cosas invisibles. [...] Y no te canses de hacer el bien, por cuanto tus desvelos no serán en vano. Porque somos hechos partícipes de Cristo, con tal de que con la misma confianza que empezamos, nos mantengamos firmes hasta el fin.

Por eso, mi querida esposa, no te apartes jamás de tu propósito y fe, porque nos encontramos en la auténtica gracia de Dios. «Porque aunque se os apareciera un ángel —dice Pablo— y os anunciase otra cosa que lo que os ha sido predicada, que sea anatema». No temas a los hombres que querrían apartarte de esta doctrina, por cuanto perecerán como la hierba; ni tampoco pueden hacer nada si no es con el permiso de Dios. Por tanto has de temer a Dios y humillarte ante él, porque son los abatidos los que le honran. Ten siempre en consideración a los de humilde condición, para ser grande ante los ojos de Dios. No te creas ser importante ni te engañes. Entrega



todo tu ser y no pienses en lo que te pueden hacer los hombres, por muy injustos que sean. Porque es aceptable ante Dios que si alguien padece por causa de la conciencia, que aguante la injusticia. Por tanto has de aguantar con paciencia todo lo que te pueda pasar por causa del Señor, para que puedas ser copartícipe de los padecimientos de Cristo y así heredar su promesa. Porque el tiempo de padecer los reproches aquí es breve, en comparación con el gozo que se manifestará en nosotros en el tiempo final. Somos contados entre los que mueren, pero estamos entrando a un descanso y paz segura. Lo que se siembra en debilidad, se levantará en poder. Se siembra un cuerpo natural, pero se levanta un cuerpo espiritual.

Por consiguiente nuestra morada, este tabernáculo, tiene que disolverse, si es que queremos obtener la morada que nos tiene preparada Dios. Así que no temas a los que matan el cuerpo; porque no pueden tocar el alma. Entonces que no sintamos pena por la obra del Señor sino que, como dice Cristo: Regocijaos y alegraos en ello, porque vuestra recompensa será grande en el cielo. [...]

Ay mi querida cordera, lo que no pone es que tengamos que afligirnos. Por consiguiente, ten paciencia en tus tribulaciones y tormentos. Porque Pablo dice que todas las cosas cooperan para bien para aquellos que aman a Dios. Por eso confío en el Señor, que él te conducirá hacia tu bien. Así que recibe con buena disposición de la mano del Señor el sufrimiento y las aflicciones que él te manda. Porque no permitirá que padezcas más allá de lo que puedas aguantar. Soporta así con paciencia los padecimientos de Cristo. [...] Santiago dice: «Bienaventurado aquel que soporta la tentación; porque cuando es aprobado, recibirá la corona de la vida que Dios ha prometido a los que le aman».

Sigue así a Cristo entonces, mi amada esposa. Toma tu cruz con paciencia y gozo. Síguele todos los días de tu vida, por cuanto él tuvo que sufrir tanto por nosotros, para salvarnos. Suframos entonces por su causa. Ya que nuestra hora ha llegado, esforcémonos gozosamente por la corona de la vida que está preparada para

nosotros y para los que temen y aman al Señor. Démonos entonces por satisfechos con él. Llevemos a cuesta nuestra cruz con dicha y paciencia, esperando con confianza firme en las promesas que él nos ha hecho. [...]

Fortalécete así y espera en la misericordia de nuestro Señor Jesucristo para la vida eterna. «Y ahora a aquel que es poderoso para guardaros sin caída, y presentaros sin mancha delante de su gloria con gran alegría, al único y sabio Dios nuestro Salvador, sea gloria y majestad, dominio y potencia, ahora y por todos los siglos, amén».

Verás, mi amadísima esposa y hermana en el Señor, puesto que yo ya nunca podré servirte con mi presencia, te he escrito unas pocas palabras para consolarte. Guárdalas como memorial y testimonio, para que por ellas me recuerdes, cómo me comporté contigo. Confío en sellar esta carta con mi sangre, bien es cierto. Y por esta causa espero entregar mi vida: Para alabanza del Señor y para edificación de todos los que temen al Señor de corazón. Te entrego al Señor y a la Palabra de su gracia, para que te guarde en toda justicia y verdad. Y aunque ahora debemos separarnos, sin embargo sé y confío firmemente en el Señor, que nos reencontraremos en la vida eterna. [...]

Y ahora me despido, mi cordera. Adiós hasta la eternidad. Adiós y despídeme de todos los que temen al Señor. Rogad al Señor por nosotros cuatro, que consigamos ofrecerle un sacrificio agradable. [...] Que Dios el Señor nos conceda esta gracia. Amén.

Escrito por mí, Cornelis el zapatero, preso por el testimonio de nuestro Señor Jesucristo.

—Traducido por D.B. para *El Mensajero*, de *Martyrs Mirror*, Herald Press, edición de 1950, pp. 714-15.

Noticias de nuestras iglesias

Un proyecto urbanístico amenaza con dejar sin hogar a la Comunidad Menonita de Barcelona

Barcelona, 24 de febrero — Hace ya algunos años dos empresas inmobiliarias impulsaron con la participación del Ayuntamiento de Barcelona un proyecto urbanístico que afectaba tanto la parcela dónde está situada nuestra iglesia como la del antiguo Hogar de Paz. Es el llamado proyecto de «La Clota». El elevado coste de todo el proyecto de urbanización y construcción que nos correspondería pagar a nosotros, unido a consideraciones morales y éticas, nos hizo optar por vender la parcela dónde está situada la Iglesia, para construir con el dinero obtenido un nuevo centro en la parcela dónde se encuentra el antiguo Hogar de Paz.

Después de unos inicios esperanzadores donde conseguimos llegar a un acuerdo con una empresa para venderles el terreno, llegó la crisis y la venta ni se pudo materializar ni fue posible encontrar otro comprador. A partir de entonces, la presión ejercida tanto por las empresas inmobiliarias como por el Ayuntamiento de Barcelona ha sido constante, reclamándonos en distintas fases las cantidades que por la superficie de nuestro terreno nos corresponde abonar y que sólo por urbanización, asciende a un millón de Euros aproximadamente.

En la última reunión de las dos inmobiliarias junto con el Ayuntamiento de Barcelona decidieron rechazar la solicitud hecha por otro propietario que no ha podido pagar la primera cuota de urbanización, consistente en entregar en pago una parte de la edificabilidad que le corresponde. Consecuentemente el ayuntamiento de Barcelona agilizará los apremios y embargos para cobrar las cuotas. Lo grave de esta situación es que como consecuencia de este proceso, nuestro asesor nos ha advertido de que podemos perder tanto el antiguo Hogar de Paz —en donde teníamos pensado nuestro proyecto de futuro— como el

terreno en donde tenemos actualmente la iglesia. De esta forma, estas dos fincas acabarían en manos de los socios mayoritarios del proyecto urbanístico y del Ayuntamiento, casi de forma gratuita, para compensar nuestra incapacidad económica.

Os pedimos que oréis que el Señor nos provea de su dirección, de su provisión y de su Paz, y para que al final del proceso, sea cual sea su voluntad, Dios se haya glorificado en medio nuestro.

[Carta enviada por el Consejo de Iglesia, de la Comunidad Evangélica Menonita de Barcelona.]

Nuestras iglesias en Japón

Tokio, 18 de marzo — Las comunidades eclesiales anabaptistas de Japón están bien en principio, según Takanori Sasaki, presidente de la Hermandad Menonita de Japón (JMF), tras el seísmo enorme y tsunami que impactaron en el país el 11 de marzo —y en medio de los graves problemas que hay en algunas centrales nucleares. Las congregaciones están dispersas por todo el país, hallándose casi todas a una distancia importante del epicentro del terremoto.

Durante unos días fue imposible contactar con nadie de la comunidad de Hitachi, que se encuentra en la costa oriental, a 220 km de la devastada ciudad de Sendai y a 100 km de la Central Nuclear de Fukushima. Para el martes 15, sin embargo, se había confirmado que todos los miembros del grupo estaban bien.

En Japón existen cinco agrupaciones diferentes de Menonitas, Hermanos Menonitas y Hermanos en Cristo. En total suman unos tres mil miembros en setenta comunidades eclesiales. Aunque ninguna de estas iglesias se encuentra en la región de Fukushima, algunos miembros tienen familia allí. En unos casos están alojados en refugios pero en otros, no se sabe nada.

Lo que se pide por ahora a la comunidad mundial, es intercesión

por la gente de Japón. Otras formas de ayuda por parte del CMM y las agencias de servicio, probablemente se centren en metas de largo plazo y en fomentar relaciones, no tanto en ayuda de emergencia. Todas las necesidades de urgencia se pueden conseguir en el propio país, aunque hay problemas puntuales de distribución. La Comisión de Diáconos del CMM estará consultando con los líderes de las iglesias japonesas, con miras a una visita solidaria, probablemente en mayo o junio.

—Noticia recogida de comunicados de prensa del Congreso Mundial Menonita. Según CMM va recibiendo noticias, las cuelga en su web: www.mwc-cmm.org. (Las noticias se cuelgan en inglés, pero el sitio contiene un enlace automático al traductor de Google.)

Diccionario de términos bíblicos y teológicos

elección — 1. El motivo de la especial relación entre Dios e Israel. 2. El motivo del favor divino para con cualquier individuo. 3. La capacidad humana para responder —o no— al Señor.

1. y 2. El propio concepto de elección divina en la Biblia es escandaloso porque nunca se justifica ni explica. Es siempre sencillamente un hecho, el hecho irracional de la predilección divina de una persona por encima de otras. El primer caso es el de Abel y Caín. El texto no nos da ninguna explicación de por qué a Dios le agradó más el sacrificio de Abel que el de Caín —y eso que Caín había sido el primero en sacrificar. Quizá el texto de Génesis prefiere dejarnos con esa perplejidad, por cuanto unos pocos capítulos más adelante, nos contará de la elección de Abraham. Pero entre la elección de Abel y la de Abraham, Génesis nos da otro ejemplo más de elección divina. «Noé halló gracia a los ojos de Dios». Sin explicación. Toda la humanidad será destruida... pero no la familia de Noé. Y nunca sabremos por qué, aparte de ese dato de la elección divina inexplicable.

1. En toda la Biblia, ambos Testamentos, el pueblo escogido de Dios es Israel. Una carta como la de Santiago —tan eminentemente cristiana como que Santiago fue apóstol de Jesucristo— está dirigida «a las doce tribus de la dispersión» —una clara referencia a las doce tribus de Israel. Y la carta a la iglesia de Filadelfia —Apocalipsis 3,7-13— carga las tintas contra «los que dicen ser judíos pero no lo son», sino que son «sinagoga de Satanás». Entiéndase como se entienda esa identidad judía o israelita, desde luego lo que no admite duda es que ese —y ningún otro— es el pueblo escogido de Dios. Lo fue cuando Dios eligió a Abraham y lo sigue siendo en el último libro de la Biblia cristiana.

Una cosa que es posible observar unos diecinueve siglos más tarde, es que durante los largos siglos del cristianismo estatal, los judíos fueron el ejemplo más claro de vivir como

Jesús había dicho que es necesario vivir para agradar a Dios. Los reyes y obispos, emperadores y papas se disputaban celosamente el poder, pero sus políticas siempre pesaban sobre los campesinos, los pobres y los esclavos... y los judíos. Como cualquier otro pueblo, habría judíos malvados y judíos buenos y generosos; seguramente los hubo pecadores empedernidos y descreídos así como beatos y amadores de Dios. Pero lo que siempre —hasta hace bien poco— les tocó hacer, fue agachar la cabeza, recibir los golpes y los insultos de sus «superiores» y esperar que cuando amainara la persecución, cuando el odio de cristianos y musulmanes les dejara un respiro, Dios les levantaría descendencia.

Los papas y emperadores, obispos y reyes se fueron sucediendo. Se alzaron y cayeron reinos e imperios... pero los judíos seguían ahí, «erre que erre», sin más remedio que seguir los consejos de Jesús (aunque sin saberlo): Poner la otra mejilla, devolver bien por mal, hacer vista gorda a insultos y calumnias. Cargaron con el mote de «Asesinos de Dios». Todos esos siglos confiaron en Dios y no en los hombres, como Jesús había dicho (aunque ellos no lo sabían) que era necesario confiar. Uno a uno fueron pereciendo todos sus enemigos: los Reyes Católicos, los zares de Rusia... ¡Hitler murió sin dejar hijos! Pero Dios no se olvidó de su pueblo elegido y ahí siguen hasta hoy. Están en todo el mundo. En todas partes —hasta en su propio país— son extranjeros; pero en todas partes han conseguido hacerse su hogar. Algún día caerá el Estado de Israel, como cualquier otro Estado de nuestra era. (Desde luego, si no aprenden a convivir con sus vecinos, poco durará.) Pero Israel —en tanto que pueblo humano— seguirá existiendo cuando vuelva el Mesías.

2. Muchas personas y familias —de otras etnias y nacionalidades— también hemos experimentado y experimentamos hoy un trato de favor divino que sólo se puede explicar

como resultado de la libre e inexplicable elección de Dios. Dios ha elegido tratarnos como hijos y ha derramado sobre nosotros su Espíritu Santo, el Espíritu de Cristo. Este es un misterio tan insondable como la propia elección de Israel; pero damos testimonio de que ésta es también nuestra experiencia. Nos sabemos no merecedores de ser amados y tratados así por Dios. Es algo que él ha elegido soberanamente, ejerciendo así su derecho como Dios y Creador.

3. Nosotros, el ser humano, también somos capaces de elegir. Es tal vez uno de los rasgos que nos son propios por haber sido creados «a imagen y semejanza de Dios». Nada en nuestra vida está absolutamente predeterminado. Concretamente, podemos elegir si responder a Dios con alabanza y obediencia o rechazar su favor con actitudes de desprecio contra él y falta de caridad con el prójimo. Como en cualquiera relación de amor, para que funcione la relación entre Dios y nosotros, hace falta que los dos quieran. En Cristo, Dios nos ha expresado claramente que él sí que quiere. A partir de ese dato, ahora nos toca elegir a cada uno de nosotros.

—D.B.

EL MENSAJERO es una publicación de la Secretaría de AMYHCE (Anabautistas, Menonitas y Hermanos en Cristo - España).

c./ Estrella Polar, 10
09197 Quintanadueñas (Burgos)
Director: Dionisio Byler

Las opiniones aquí vertidas no son necesariamente las mantenidas por las Iglesias de AMYHCE ni por el director.

De distribución gratuita en las Iglesias de AMYHCE.

www.menonitas.org